

Prólogo

*Lucian
Valaquia, 1400*

El pueblo era demasiado pequeño para resistir al ejército que tan rápido avanzaba hacia él. Nada había retenido a los turcos otomanos. Todo había quedado destruido a su paso, todos habían sido asesinados, cruelmente asesinados. Empalaban los cadáveres en toscas estacas y los abandonaban a merced de los carroñeros. La sangre corría a raudales. No había clemencia para nadie, ni para el más joven de entre los niños ni para el más viejo de entre los ancianos. Los invasores quemaban, torturaban y mutilaban, dejando tras de sí tan sólo un rastro de ratas, fuego y muerte.

El pueblo estaba sumido en el silencio; ni siquiera los niños se atrevían a llorar. Lo único que sus habitantes eran capaces de hacer era mirarse unos a otros en medio de su desesperación e impotencia. No había remedio, nada detendría la masacre, caerían como habían caído antes que ellos todos los pueblos al paso de aquel terrible adversario. Eran muy pocos y sólo contaban con sus armas de campesinos para rechazar el avance de las hordas enemigas. Estaban indefensos.

Fue entonces cuando, de entre la espesa niebla de aquella noche, dando grandes zancadas, aparecieron los dos guerreros. Avanzaban al unísono, en perfecta armonía, con paso perfecto. Sus movimientos, fluidos, ágiles y totalmente sigilosos, tenían una peculiar gracia

animal. Eran los dos altos y anchos de hombros, tenían el cabello largo y suelto y ojos de muerte. Algunos aseguraban que era posible ver las llamas rojas del infierno ardiendo en el fondo de aquellos ojos negros de mirada gélida.

Los hombres, aun los adultos, se apartaban de su camino y las mujeres se escondían en la oscuridad, mientras los dos guerreros, sin necesidad de mirar a su alrededor, lo veían todo a su paso. Estaban revestidos, como si de una segunda piel se tratara, de una autoridad natural. Se detuvieron y se quedaron tan inmóviles como las montañas que los rodeaban cuando el anciano del pueblo salió a su encuentro justo por encima de las cabañas dispersas, donde pudieron fijar la mirada en la pradera vacía que los separaba del bosque.

—¿Qué hay de nuevo? —les preguntó—. Hemos oído hablar de las matanzas por doquier. Ahora nos toca a nosotros. Y no hay nada que pueda detener esta tormenta de muerte. No tenemos adónde ir, Lucian, ni dónde esconder a nuestras familias. Lucharemos, pero, como todos los demás, seremos derrotados.

—Tenemos prisa esta noche, anciano, pues nos necesitan en otra parte. Se dice que nuestro príncipe ha sido asesinado. Tenemos que volver con nuestro pueblo. Siempre has sido un hombre bueno y amable. Gabriel y yo saldremos esta noche y haremos lo que podamos para ayudaros antes de proseguir nuestro viaje. El enemigo puede ser muy supersticioso.

El tono de su voz era puro y bello, como terciopelo. Cualquiera que lo escuchara no tenía más remedio que hacer lo que Lucian ordenaba. Todo el que lo oía hablar no deseaba otra cosa que no fuera escucharlo una y otra vez. Su voz era capaz por sí sola de cautivar, de seducir, de matar.

—Id con Dios —susurró, agradecido, el anciano del pueblo.

Los dos hombres, a un ritmo perfecto, fluido, sigiloso, prosiguieron su camino. Una vez que hubieron perdido de vista el pueblo, sin pronunciar palabra, cambiaron de forma exactamente al mismo tiempo, metamorfoseándose en búhos. Agitando las alas con fuerza en la noche, se elevaron en círculos por encima de los límites del bosque en busca del lugar donde pernoctaba el ejército. A unos cuantos kilómetros del pueblo divisaron el suelo cubierto de centenares de hombres.

Una niebla espesa, blanca y a ras del suelo lo cubrió todo. El viento cesó y la neblina quedó suspendida en el aire, densa e inmóvil. Sin previo aviso, los búhos se abalanzaron silenciosos desde el cielo, lanzando sus afiladas garras directamente a los ojos de los centinelas. Parecían hallarse en todas partes a la vez, realizando su trabajo con tan precisa sincronización que ya lo habían acabado antes de que nadie hubiera podido acudir a socorrer a los guardias. Los gritos de dolor y pánico quebraron la apacible calma, el ejército se puso en pie, echando mano de sus armas, buscando a un enemigo en la espesa niebla blanca. Pero lo único que hallaron fue a sus propios centinelas, con las cuencas de los ojos vacías y las caras ensangrentadas, corriendo a ciegas de un lado a otro.

De entre el grueso de los guerreros se escuchó un crujido, luego otro. Crujido tras crujido, filas de soldados iban cayendo al suelo, de dos en dos, con el cuello roto. Parecía como si, escondido en la espesa niebla, un enemigo invisible fuera atacando veloz a un hombre tras otro, partiéndoles el cuello con sus propias manos. Se hizo el caos. Todos corrieron despavoridos, internándose en el bosque, gritando, pero, surgiendo de la nada, unos lobos descargaron entonces sus poderosas fauces sobre el ejército en desbandada. Unos caían sobre sus propias lanzas, como si estuvieran obedeciendo órdenes, otros, incapaces, por más que lo intentaban con todas sus fuerzas, de contrarrestar aquel impulso, se las clavaban a sus compañeros de armas. Todo era sangre, muerte, terror. Los soldados oían voces susurrando en sus cabezas, en el mismo aire, susurros de derrota y de muerte. La tierra se inundó de sangre. La noche siguió avanzando inexorable hasta que no quedó un solo rincón donde esconderse del horror invisible, del espectro de la muerte, de las bestias salvajes que habían venido a derrotar al ejército.

Por la mañana, los habitantes de Valaquia marcharon a la batalla: no encontraron más que muertos.

Lucian

Los Cárpatos, 1400

El aire despedía un hedor a muerte y destrucción. Por todas partes no había más que pueblos humanos en ruinas y envueltos en llamas. Los antiguos, de la raza de los carpatianos, habían intentado en vano

salvar a sus vecinos, pero el enemigo había atacado con el sol en su cenit, sorprendiéndolos indefensos, pues sus poderes estaban debilitados a aquella hora del día. Tantos carpatianos y tantos humanos habían sido sacrificados, hombres, mujeres y niños, todos por igual. De entre aquellas gentes, sólo quienes se habían mantenido suficientemente alejados, habían logrado escapar al demoledor embate.

Julian, joven y fuerte, aunque aún no era más que un muchacho, contempló con tristeza la vista que se ofrecía a sus ojos. Habían quedado tan pocos de su raza. Y su príncipe, Vladimir Dubrinsky, había muerto junto con su compañera eterna, Sarantha. Era una catástrofe, un golpe del que su estirpe tal vez nunca lograra recuperarse. Se quedó de pie, erguido y firme, su larga cabellera rubia cayéndole por encima de los hombros.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó Dimitri, tras aparecer a sus espaldas—. Ya sabes que es peligroso exponerse en un lugar como éste, a cielo descubierto. Hay tantos a quienes les gustaría matarnos. Se nos ha pedido que nos mantengamos cerca unos de otros.

Y, pese a su juventud, se acercó a Julian, más joven aún, para protegerlo.

—Yo me sé cuidar solo —replicó éste con firmeza—. Y tú, ¿qué haces tú aquí afuera? —le preguntó agarrándolo del brazo—. Los he visto. Estoy seguro de que eran ellos. Lucian y Gabriel. Lo eran —afirmó con veneración.

—No puede ser —susurró Dimitri, mirando a todas partes, agitado y asustado a la vez.

Nadie, ni siquiera los adultos, pronunciaba los nombres de los gemelos cazadores. Lucian y Gabriel. Eran una leyenda, un mito, y estaban más allá de la realidad.

—Pero estoy seguro. Sabía que vendrían cuando supieran lo de la muerte del príncipe. ¿Qué otra cosa podrían hacer? Estoy seguro de que han ido a ver a Mikhail y a Gregori.

—¿También está aquí Gregori? —le preguntó con voz entrecortada el mayor de los muchachos al más joven y lo siguió a través del espeso bosque—. Nos va a pillar espiándolo, Julian. Él lo sabe todo.

—Los voy a ver de cerca, Dimitri —replicó el joven rubio, encogiéndose de hombros y esbozando una sonrisa maliciosa—. No temo a Gregori.

—Pues, deberías. Además, he oído que Lucian y Gabriel en realidad son no muertos.

—¿Quién te ha contado eso? —inquirió Julian entre carcajadas.

—Escuché a dos varones que lo estaban comentando. Decían que nadie podría sobrevivir tanto tiempo cazando y matando sin transformarse.

—Los humanos han estado en guerra y nuestro pueblo ha sufrido la devastación de ese proceso. Incluso nuestro príncipe ha muerto. Los vampiros están por todas partes. Todos matan a todos. No creo que nos debamos preocupar por Gabriel y Lucian. Si en verdad fueran vampiros, ya estaríamos todos muertos. Nadie, ni siquiera Gregori, los podría derrotar en la batalla —replicó Julian—. Son tan poderosos que nadie sería capaz de aniquilarlos. Siempre han sido leales al príncipe. Siempre.

—Nuestro príncipe ha muerto. No tienen por qué serle leales a Mikhail, su heredero.

Obviamente, Dimitri reproducía las palabras de algún adulto.

Julian, exasperado, agitó la cabeza y continuó su camino, proponiéndose a partir de ese momento mantenerse en silencio. Avanzó lentamente a través de la espesura hasta que apareció la casa. Lejos de allí se oyó, fuerte y solitario, el aullido de un lobo. Otro lobo respondió, y otro más. Estos últimos estaban mucho más cerca. Julian y Dimitri cambiaron de forma. No iban a perderse a las dos figuras legendarias: Lucian y Gabriel eran los más grandes cazadores de vampiros de la historia de su pueblo. Era bien sabido que nadie podía derrotarlos. La noticia de que habían aniquilado con sus propias manos a todo un ejército invasor durante la noche había precedido su llegada. Nadie sabía con exactitud cuántos cadáveres tenían en su haber en los últimos siglos, pero se aseguraba que era un número extremadamente elevado.

Julian adoptó la forma de una marmota pequeña y se acercó a la casa. Mientras se aproximaba al porche, no perdía de vista la posibilidad de que apareciera algún búho. Fue entonces cuando los oyó: cuatro voces susurrando en el interior de la casa. Aunque era joven, Julian tenía ya la increíble capacidad auditiva de los carpatianos. Usó su aguzado oído para captar cada una de las palabras. Los cuatro carpatianos más grandes en persona se encontraban en aquella casa y no

se perdería aquel acontecimiento. Apenas era consciente de que Dimitri se le estaba acercando.

—No tienes elección, Mikhail —sonó una voz suave. Era increíble, puro terciopelo, imponente y tierna a la vez—. Tienes que asumir el mando. Así lo impone la línea de sangre. Tu padre presagió su propia muerte y dejó instrucciones claras al respecto. Tienes que asumir el liderazgo. Gregori te asistirá en estos tiempos de grandes dificultades y nosotros haremos la labor que tu padre nos encomendó. El mando no corresponde a nuestro linaje. Es tuyo.

—Lucian, tú eres un antiguo. Uno de vosotros debe gobernar nuestro pueblo. Somos tan pocos; hemos perdido a nuestras mujeres, a nuestros hijos. Sin mujeres, ¿qué harán nuestros varones? —Julian reconoció la voz de Mikhail—. No tendrán más elección que encontrar el alba o transformarse en no muertos. Dios sabe que de eso ya hemos tenido bastante. Aún no tengo la sabiduría necesaria para dirigir a nuestro pueblo en estos tiempos tan difíciles.

—Tienes la sangre y el poder, y, lo más importante, nuestro pueblo cree en ti. Nos temen, temen nuestro poder y nuestro conocimiento y todo lo que representamos. —La voz de Lucian sonaba bella, convincente.

Julian amaba el sonido de aquella voz; podría pasarse una eternidad escuchándola. No era de extrañar que los adultos temieran su poder. Incluso siendo tan joven, era capaz de reconocer en ella un arma. Y eso que Lucian simplemente estaba conversando con normalidad. ¿Cómo sonaría si se propusiera asumir el mando de los que le rodeaban? ¿Quién sería capaz de resistirse entonces a una voz como aquélla?

—Te juramos lealtad, Mikhail —prosiguió Lucian—, tal y como hicimos con tu padre, y te proporcionaremos todos los conocimientos que podamos para ayudarte en este trance. Gregori, ya sabemos que eres un gran cazador. ¿Los lazos que te unen a Mikhail son lo suficientemente fuertes como para acompañarlo en los días oscuros que han de venir?

Aunque la voz de Lucian seguía siendo igual de suave, exigía la verdad.

Julian aguantó la respiración. Gregori era pariente de sangre de Gabriel y Lucian. Los Oscuros. Quienes pertenecían a aquel linaje

siempre defendían a su raza, eran ellos quienes imponían justicia frente a los no muertos. Gregori gozaba ya de gran poder por derecho propio, y no parecía posible obligarlo a responder. Y, sin embargo, lo hizo:

—Mientras viva Mikhail, me comprometo a velar por su seguridad y la de su linaje.

—Servirás a nuestro pueblo, Mikhail, y nuestro hermano te servirá a ti como nosotros hicimos con tu padre. Así ha de ser. Gabriel y yo continuaremos luchando para acabar con la dominación que los no muertos ejercen sobre los humanos y sobre nuestra propia raza.

—Son tantos —observó Mikhail.

—Ciertamente, ha habido muchas muertes, muchas batallas, nuestras mujeres casi han sido exterminadas. Los varones necesitan creer en el futuro, Mikhail. Tienes que encontrar la manera de devolverles la esperanza, o ya no tendrán motivos para resistir cuando la oscuridad los alcance. Debemos tener hembras para dotar a nuestros varones de compañeras eternas. Nuestras mujeres son la luz que nos ilumina en la oscuridad. Nuestros varones son predadores, oscuros, peligrosos cazadores, más y más letales con el paso de los siglos. Si no somos capaces de encontrar compañeras eternas, al final, todos los carpatianos acabaremos transformándonos en vampiros, nuestra raza se extinguirá, y nuestros varones perderán el alma. Reinará la devastación, como nunca antes hemos podido imaginar. Es tu cometido evitar que eso pase, Mikhail, tienes un cometido colosal.

—Al igual que tú —contestó Mikhail con suavidad—. Seguir siendo uno de nosotros después de haber arrebatado tantas vidas no es poca cosa. Nuestro pueblo tiene mucho que agradecerte.

Julian, aún dentro de su cuerpo de marmota, retrocedió para escabullirse entre los arbustos, pues no quería que los antiguos lo sorprendiesen. Se dio la vuelta al escuchar un crujido entre los matorrales que tenía justo detrás. Allí descubrió a dos hombres altos, de pie, en completo silencio, de ojos oscuros y vacíos, de rostros tan inmóviles que parecían esculpidos en roca. A su alrededor, una neblina, como caída del cielo, los dejó aturdidos en el suelo a él y a Dimitri. Julian aguantó la respiración y se quedó mirando estupefacto. Gregori, como si quisiera protegerlos, se materializó muy cerca de los

dos muchachos, casi frente a ellos. Cuando Julian ladeó la cabeza para mirar a su alrededor, los míticos cazadores, como si nunca hubieran estado allí, ya se habían ido, dejando a los chicos solos ante Gregori.

Lucian
Francia, 1500

El sol se desvanecía en el cielo dejando atrás brillantes colores que se iban rindiendo lentamente al negro carbón de la noche. Bajo la superficie del suelo un corazón comenzaba a latir: Lucian estaba tendido en la rica tierra curativa. Las heridas de la última terrible batalla ya estaban curadas. Exploró mentalmente el área que rodeaba su lugar de descanso y sólo notó el movimiento de los animales. La tierra reventó con fuerza cuando se desenterró de golpe hacia el cielo para aspirar aire. Su mundo cambiaría para siempre aquella noche. Gabriel y Lucian eran dos gemelos idénticos. Tenían el mismo aspecto, pensaban de igual modo, luchaban de igual modo. A lo largo de los siglos habían adquirido conocimientos en todas las áreas y materias, y los compartían el uno con el otro.

Todos los varones carpatianos perdían sus emociones y la capacidad de ver los colores a medida que iban envejeciendo. Quedaban relegados a un mundo oscuro y lúgubre en el que sólo su sentido de la lealtad y el honor los libraba de transformarse en vampiros mientras esperaban a su compañera eterna. Gabriel y Lucian habían hecho un pacto: si uno de los dos se transformaba en vampiro, el otro le daría caza y lo mataría antes de ir al encuentro del alba y, por tanto, de su propia destrucción. Desde hacía algún tiempo, Lucian era consciente de que Gabriel estaba luchando con su propio demonio interior, consumido, como estaba, por la oscuridad que lo invadía por dentro. Las continuas batallas le estaban pasando factura y Gabriel ya estaba muy próximo a la transformación.

Lucian inspiró profundamente, tomando aire en la noche clara. Se había propuesto conservar a Gabriel con vida, mantener su alma a salvo. Había un modo de conseguirlo: si lo convencía de que se había transformado en un no muerto, Gabriel no tendría más remedio

que darle caza. Eso lo libraría de combatir con nadie más que con Lucian y, al ser incapaz de matarlo, debido a que sus poderes eran idénticos, le daría un motivo para resistir. Lucian levantó el vuelo en busca de su primera víctima.

Lucian
Londres, 1600

La joven de sonrisa maquillada estaba de pie en la esquina de la calle. La noche era fría y oscura; estaba tiritando. En alguna parte, escondido en la oscuridad, había un asesino que ya había matado a dos conocidas suyas. Le había suplicado a Thomas que no la mandase esa noche a la calle, pero él, después de abofetearla varias veces, la había obligado a salir de la casa a empujones. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho y ponía todo su empeño en parecer complacida con lo que estaba haciendo.

Un hombre subía calle arriba. A la muchacha se le cortó la respiración y el corazón comenzó a latirle con fuerza. Llevaba un abrigo oscuro, sombrero de copa y bastón. Parecía un hombre de clase alta que se hubiera decidido a dar una vuelta por aquella barriada. Ella adoptó una de sus poses y se quedó a la espera. Él pasó de largo. Sabía que Thomas la azotaría si no llamaba a aquel desconocido, si no intentaba seducirlo, pero fue incapaz de hacerlo.

El hombre se detuvo y retrocedió. Dio varias vueltas a su alrededor, lentamente, examinándola de arriba abajo, como si se tratara de un pedazo de carne. Ella intentó sonreírle, pero había algo en él que la atemorizaba. Sacó un puñado de monedas y las agitó con ostentación. Sonreía con desprecio; sabía que estaba asustada. Señaló con el bastón en dirección a un callejón.

Ella fue. Sabía que no debía hacerlo, pero la idea de presentarse en casa ante Thomas con las manos vacías la atemorizaba tanto como pensar en meterse en el callejón con aquel desconocido.

La trató sin miramientos, obligándola allí mismo a llevar a cabo todo tipo de prácticas. La lastimó a conciencia, y ella no tuvo más opción que aguantar sin oponer resistencia. Cuando hubo acabado, la tiró al suelo de un empujón y le empezó a dar patadas con uno de sus elegantes zapatos. Cuando ella alzó la vista y vio la navaja abierta en

su mano, supo que era el asesino. Ya no había tiempo de gritar. Estaba a punto de morir.

Fue entonces cuando, detrás de su asesino, apareció otro hombre. Era el joven más bello que había visto jamás, alto y de hombros anchos, oscuro cabello largo y suelto y ojos negros de mirada gélida. Se materializó de la nada y tan cerca de su atacante que ella no acertaba a comprender cómo había llegado hasta allí sin ser visto por ninguno de los dos. Simplemente, acercó las manos, cogió al asesino por el cuello y se lo retorció con firmeza.

Corre. Vete ya. Oyó con claridad las palabras dentro de su cabeza y no pudo esperar siquiera para darle las gracias por haberle salvado la vida. Salió corriendo de allí tan rápido como pudo.

Lucian aguardó hasta estar seguro de que ella le había obedecido e inclinó entonces la cabeza sobre el cuello del asesino. Era imprescindible desangrar a su víctima y dejarla allí como prueba para que Gabriel la encontrase.

—Tal y como esperaba, aquí te encuentro, Lucian. No puedes esconderte de mí. —Oyó la voz suave de Gabriel a sus espaldas.

Lucian dejó caer el cadáver al suelo. Volvían a jugar al ratón y al gato, un juego en el que, después de tantos años, nadie más podía participar. Se conocían tan bien el uno al otro, habían coreografiado sus batallas durante tantos años, que cada uno sabía lo que el otro estaba pensando casi antes de que lo pensara. Cada uno sabía dónde estaban los puntos débiles y fuertes de su adversario. En los últimos años se habían infligido a menudo heridas graves el uno al otro, para acabar separándose, al borde de la muerte, en busca de la tierra donde sanar. Lucian se volvió hacia su hermano gemelo con una sonrisa desganada y sin brillo que, sin embargo, suavizaba los duros contornos de su boca.

—Pareces cansado.

—Matar a tu presa antes de alimentarte... Esta vez te ha podido la gula, Lucian.

—Quizá me he equivocado —reconoció Lucian en voz baja—, pero no te preocupes por mí. Soy más que capaz de encontrar cuerpos calientes sin ayuda de nadie. Nadie puede derrotarme; ni siquiera mi hermano, que me dio su palabra de hacer algo tan sencillo.

Gabriel le lanzó un golpe fuerte y rápido, tal y como Lucian sabía que iba a ocurrir. Y así se enzarzaron, una vez más, en una batalla a muerte que habían estado ensayando durante siglos.

Lucian

París, la actualidad

Gabriel estaba agazapado, en una actitud propia de un guerrero. Tras él, su compañera eterna observaba con preocupación cómo se acercaba un hombre alto y elegante. Tenía el aspecto de lo que realmente era: un predador oscuro, peligroso. Sus ojos negros brillaban amenazantes; ojos de cementerio. Ojos de muerte. En sus movimientos había una gracia animal, un rumor de poder.

—Atrás, Lucian —le previno Gabriel con voz leve—. No pondrás en peligro a mi compañera.

—Entonces harás lo que prometiste hace tantos siglos. Debes hacerlo. —Su voz era un susurro aterciopelado, una orden suave.

Gabriel reconoció el secreto de aquel mandato justo en el momento en que saltó hacia delante para atacar. En el último instante, escuchando claramente en su mente las palabras de desacuerdo de su compañera, adelantó la garra hasta la garganta de su hermano gemelo, para darse cuenta entonces de que Lucian acogía su muerte con los brazos abiertos. *Ningún vampiro haría tal cosa. Nunca. Los no muertos luchan hasta el último aliento de su vida para acabar con la vida de todo lo que encuentren en su camino. No es un acto propio de un vampiro sacrificar su propia vida.*

Lo entendió cuando ya era demasiado tarde. Ya brotaba un chorro de gotas carmesí, arqueándose al caer. Gabriel intentó volverse, acercarse hasta donde estaba su hermano, pero el poder de Lucian era demasiado grande. Le resultó imposible moverse, se quedó paralizado simplemente porque así lo quería su hermano. Estaba sorprendido, tenía los ojos abiertos como platos: qué gran poder tenía Lucian. Gabriel era un antiguo, más poderoso que cualquiera sobre la faz de la Tierra (sólo Lucian lo igualaba, según había creído hasta ese momento).

—Tienes que dejar que te ayudemos —suplicó con dulzura Francesca, la compañera eterna de Gabriel. Su voz sonaba cristalina, tranquilizadora. Era una gran sanadora. Si había alguien que pudiera evi-

tar la muerte de Lucian, ésa era ella—. Sé qué estás tratando de hacer. Quieres acabar con tu vida.

—Gabriel te tiene a ti para que cuides de su salud —respondió Lucian. Su blanca dentadura asomó resplandeciente—. Ése era mi cometido; ahora ha llegado a su fin. Quiero descansar.

La sangre le inundaba la ropa, le corría por los brazos sin que él hiciera intento alguno por detenerla. Se limitaba a mantenerse en pie, firme y erguido. Ni sus ojos, ni su voz, ni su expresión dejaban traslucir reproche alguno.

Gabriel sacudió la cabeza.

—Has hecho todo esto por mí. Llevas cuatrocientos años engañándome. Evitaste que matara, que me transformara. ¿Por qué? ¿Por qué razón arriesgaste tu alma de esa forma?

—Sabía que había una compañera esperándote. Alguien muy sabio me lo contó hace muchos años, y yo estaba seguro de que no mentía. No perdiste tus sentimientos y emociones tan rápido como yo. Los mantuviste vivos durante siglos. Yo todavía era un principiante cuando los perdí, pero tu mente entró en conexión psíquica con la mía, y así pude compartir tu alegría de vivir, y ver a través de tus ojos. Gracias a ti pude recordar todo aquello que ya no hubiera podido tener.

Lucian se tambaleó.

Gabriel, que había estado esperando el momento en que Lucian comenzara a flaquear, aprovechó la oportunidad para acercarse de un salto hasta donde él estaba y lamerle, para que se cerraran, las heridas que le había abierto.

Su compañera, a su lado, tomó entre sus manos la mano de Lucian con delicadeza.

—Piensas que tu existencia ya no tiene razón de ser.

Lucian, extenuado, cerró los ojos.

—Llevo dos mil años cazando y matando, hermana. Tengo el alma tan agujereada como un colador. Si no me voy ahora, tal vez no lo pueda hacer más adelante, y mi amado hermano se verá forzado a intentar matarme. Y no sería nada fácil. Tiene que mantenerse a salvo. He cumplido con mi deber. Dejadme descansar en paz.

—Hay otra —le dijo Francesca con dulzura—. No es como nosotros. Es mortal. Es joven y está pasando por momentos terribles.

Sólo te lo puedo decir a ti. Si no la encuentras tú sufrirá toda su vida una angustia y una desesperación inimaginables incluso para nosotros, por muchos dones que tengamos. Tienes que vivir por ella. Por ella tienes que resistir.

—¿Me estás diciendo que tengo una compañera eterna?

—Y que te necesita urgentemente.

—No soy hombre delicado. Llevo tanto tiempo matando; no sé vivir de otra manera. Hacer que una mortal se atara a mí sería condenarla a vivir con un monstruo.

A pesar de su negativa, Lucian no ofreció resistencia cuando la compañera eterna de Gabriel comenzó a tratarle la terrible herida. Éste, por su parte, comenzó a llenar la habitación de hierbas curativas y a entonar los ancestrales cantos curativos, tan antiguos como el tiempo.

—Ahora te voy a curar, hermano mío —dijo ella con ternura—. El monstruo en el que crees haberte vuelto será capaz de proteger a esa mujer de los monstruos que, de no ser por ti, acabarían destruyendo a una persona como ella.

Gabriel se hizo un corte a la altura de la muñeca y acercó la herida hasta la boca de su hermano gemelo.

—Por mi propia voluntad te ofrezco la vida. Toma lo que necesitas para sanar. Te llevaremos a un lugar profundo, bajo la tierra, y te velaremos hasta que hayas recobrado todas tus fuerzas.

—Ahora te debes a tu compañera eterna —le recordó Francesca en un susurro—. No tienes más remedio que encontrarla y librarla del peligro.

Jaxon, cinco años *Florida (Estados Unidos)*

—Mira, tío Tyler —vociferó llena de orgullo Jaxon Montgomery mientras saludaba a su tío desde lo alto de la gran torre de madera a la que acababa de trepar.

—Estás loco, Matt. —Russel Andrews meneó la cabeza y, haciéndose sombra en la cara, dirigió la vista hacia una réplica de las altas plataformas que servían para el entrenamiento de los reclutas de los SEALs, los grupos de operaciones especiales de la armada estadounidense—. Jaxx se podría romper la nuca si se cae. —Miró en-

tonces hacia la delicada mujer que, acostada en una tumbona, estaba acariciando a su hijo recién nacido—. ¿Qué dices tú, Rebecca? Jaxx aún no tiene ni cinco años y Matt ya la tiene entrenando para las Fuerzas Especiales —añadió Russell.

Rebecca Montgomery sonrió distraída y miró a su marido para ver qué opinaba.

—Jaxon es genial —respondió Matt en seguida y, cogiendo la mano de su esposa, se la acercó a los labios y los apretó contra sus nudillos—. Le encantan esas cosas. Ya lo hacía prácticamente antes de aprender a andar.

Tyler Drake respondió a la pequeña con un saludo.

—No sé, Matt. Puede que Russell tenga razón. Es tan pequeñita. Ha sacado la belleza y la constitución de Rebecca —dijo Tyler sonriendo—. La verdad es que en eso tuvimos mucha suerte. En lo demás es idéntica a ti. Es atrevida, una pequeña guerrera, igualita a su papá.

—No estoy tan seguro de que sea bueno para ella —añadió Russell, frunciendo el entrecejo. No podía apartar la mirada de la niña. Tenía el corazón en un puño. Su propia hija tenía siete años y jamás le hubiera permitido acercarse a la torre que sus compañeros, Matt Montgomery y Tyler Drake, habían construido en el jardín trasero—. Matt, ya sabes que se puede forzar a un niño a crecer más rápido de la cuenta. Jaxon no es más que un bebé.

Matt soltó una carcajada.

—Ese bebé, como tú la llamas, es capaz de hacerle el desayuno a su madre y de servírselo en la cama y, además, de cambiarle los pañales al pequeño. Lleva leyendo desde que tenía tres años. Y cuando digo leyendo, digo leyendo de verdad. Le encanta poner a prueba sus capacidades físicas. En el cursillo de instrucción hay muy pocas cosas que no sea capaz de hacer. Yo le he estado enseñando artes marciales y Tyler la está adiestrando en supervivencia. La niña está encantada.

—Tyler, no puedo creer que le estés dando alas a Matt —intervino Russell algo molesto—. Nunca escucha a nadie más que a ti. La niña os adora a los dos, y ninguno de vosotros tenéis el más mínimo sentido común en lo que a ella se refiere. —Se contuvo como pudo para no añadir que Rebecca era un desastre como madre—. Espero que no se te ocurra la feliz idea de llevarla a nadar al mar.

—Puede que Russell tenga razón, Matt. —La voz de Tyler sonó un poco preocupada—. Jaxon es una pequeña estrella con corazón de leona, pero quizá le estemos exigiendo demasiado. Además, no tenía ni idea de que la dejabas cocinar para Rebecca. Podría ser peligroso.

—Alguien tiene que hacerlo —replicó Matt, encogiendo sus anchos hombros—. Jaxon sabe lo que hace. Cuando no estoy en casa, tiene claro que ella es la responsable de cuidar a Rebecca. Y ahora, encima, está el pequeño Mathew. Y, por si te interesa saberlo, Jaxx ya sabe nadar muy bien.

—¿Te das cuenta de lo que estás diciendo, Matt? —inquirió Russell—. Jaxon es una niña, tiene cinco años, es un bebé. ¡Rebecca! Por el amor de Dios, eres su madre. —Como de costumbre, tanto el padre como la madre hacían oídos sordos a todo lo que no querían oír. Matt trataba a Rebecca como a una muñeca de porcelana. Ninguno de los dos prestaba demasiada atención a su hija. Exasperado, Russell se volvió, suplicante, hacia el mejor amigo de Matt—. Tyler, di algo.

—No deberías presionarla tanto —respondió Tyler, asintiendo lentamente con la cabeza—. Jaxon es una niña excepcional, pero aún no es más que eso, una niña.

Tenía la mirada puesta en Jaxon, que seguía gesticulando sonriente. Sin mediar más palabras, se levantó y se dirigió dando zancadas hacia la torre donde la niña permanecía llamándolo con insistencia.

Jaxon, siete años *Florida (Estados Unidos)*

Los gritos que se oían en el cuarto de su madre eran desgarradores. Rebecca no tenía consuelo. Bernice, la esposa de Russell Andrews, había llamado al médico para que le administrara algún tranquilizante. Jaxx se tapó los oídos con las manos, en un intento de amortiguar los lastimeros quejidos. El pequeño Mathew había estado llorando un rato en su habitación, y era evidente que su madre no iba a acudir a consolarlo. Jaxon se enjugó las lágrimas que no cesaban de brotarle de sus propios ojos, alzó la vista y atravesó el pasillo en dirección al cuarto de su hermano.

—No llores, Mattie —canturreó con cariño y ternura—. No te preocupes por nada. Ya estoy aquí. Mamá está muy disgustada por papá, pero, si permanecemos juntos, lo vamos a superar. Juntos, tú y yo. Y vamos a conseguir que mamá lo supere también.

El tío Tyler había acudido a casa en compañía de otros dos oficiales para informar a Rebecca de que su marido ya no volvería nunca. Algo terrible había sucedido durante la última misión. Rebecca no había dejado de gritar desde entonces.

Jaxon, ocho años

—¿Cómo está hoy mamá, cariño? —le preguntó Tyler con dulzura, agachándose para dar un beso a Jaxon en la mejilla.

Dejó un ramo de flores sobre la mesa y se volvió hacia la niña que había adorado desde el mismo instante en que nació.

—Hoy no tiene muy buen día —admitió Jaxon muy a su pesar. Al tío Tyler siempre le contaba la verdad acerca de su madre, pero sólo a él, a nadie más, ni siquiera al tío Russell—. Creo que ha vuelto a tomar demasiadas pastillas de ésas. No creo que salga de la cama, y cuando intento contarle algo sobre Mathew, no hace más que mirarme fijamente. Por fin ya no necesita pañales; estoy tan orgullosa de él. Pero mamá no le dice absolutamente nada. Si alguna vez lo coge entre sus brazos, lo aprieta con tanta fuerza que el niño acaba llorando.

—Jaxx, quiero hacerte una consulta —dijo el tío Tyler—. Es importante que me digas la verdad. Tu mamá está mala la mayor parte del tiempo, y tú tienes que cuidar de Mathew, ocuparte de la casa, ir a la escuela. Estaba pensando que, quizá, debería mudarme a vivir aquí y echarte una mano.

A Jaxon se le iluminaron los ojos.

—¿Mudarte a vivir con nosotros? ¿Cómo?

—Podría casarme con tu madre y ser tu padre. No como Matt, por supuesto, sino como padrastro vuestro. Creo que eso ayudaría a tu madre, y a mí me encantaría estar aquí contigo y con el pequeño Mathew. Pero sólo si tú quieres, cariño. Si no es así, ni siquiera le diré una sola palabra de todo esto a Rebecca.

—Por eso has traído flores, ¿no? —le preguntó entonces Jaxon,

mientras se le dibujaba una sonrisa en la cara—. ¿De verdad crees que ella estaría dispuesta a hacerlo? ¿Hay alguna posibilidad?

—Creo que la puedo convencer. El único rato que tienes libre es cuando te llevo a entrenar. Por cierto, te estás haciendo todo un experto en tiro al blanco.

—Toda una experta en tiro al blanco, tío Tyler —lo corrigió Jaxon, sonriendo burlona de pronto—. Y la otra noche, en clases de kárate, le di una patada a Don Jacobson en el culo.

Jaxon se sorprendía riendo únicamente cuando el tío Tyler se la llevaba a jugar a los soldados al área de entrenamiento de la Fuerzas Especiales. Chica o no, se estaba convirtiendo en una digna contendiente, y eso la colmaba de orgullo.

Jaxon, trece años

Era una novela de misterio, muy apropiada para una noche de tormenta. Las ramas de los árboles crujían en la ventana y la lluvia caía con estrépito sobre el tejado. La primera vez que lo oyó, Jaxon pensó que aquel ruido había sido producto de su imaginación, leyendo, como estaba, un libro tan espeluznante. Pero entonces se quedó agarrada, el corazón empezó a latirle con fuerza. Era él, de nuevo. Estaba segura. Tan sigilosamente como pudo, se deslizó fuera de la cama y abrió la puerta.

Los ruidos que provenían del dormitorio de su madre se oían amortiguados, pero ella los oyó de todas formas con claridad. Oía a su madre sollozando, suplicante. Y también aquel ruido peculiar que le era tan familiar. Hasta donde le alcanzaba la memoria había estado siempre tomando clases de kárate y sabía muy bien cómo era el sonido de un puñetazo. Corrió pasillo abajo, hasta el cuarto de su hermano, para comprobar primero cómo estaba. Sintió alivio al hallarlo profundamente dormido. Cuando Tyler se ponía así, escondía a Matthew de él. A veces parecía odiar al niño y la mirada se le tornaba entonces fría, inquietante, si la posaba sobre él, especialmente si el niño estaba llorando en ese momento. No le gustaban los llantos, y Matthew era tan pequeño, que se echaba a llorar al mínimo arañazo, por leve que fuera. O cada vez que Tyler le dirigía una de sus miradas feroces.